843
E.

PQ2611
.E8
H58
V.2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL DUQUE DE NEVERS

TERCERA PARTE

El instrumento del señor de Peyrolles.

I

ORESTES Y PÍLADES

Al salir de la fonda del *Roussin d'Arcadie* en uno de cuyos cuartos había experimentado tan violenta cólera y tan honda pena, al oír por boca de Marina, su hermanita, la declaración del crimen de que ésta fué víctima por parte del caballero de Zeno, — sólo tuvo una idea el sargento Felipe : encontrar al miserable veneciano para ejucutar en el acto una ruidosa venganza de su infamia para con la joven.

No le detendría por cierto la elevada calidad del personaje. Embajador ó no, había cometido una felonía que pedía castigo ejemplar. Y ese castigo se lo pensaba infligir Felipe sucediera lo que sucediese.

Pero, ¿en dónde encontrarlo?

— ¡Caramba! — pensó el joven, — voy á la embajada de Venecia, y allí llegaré hasta él de cualquier manera. Y, si es preciso, apelaré á la fuerza.

Sin más titubear, mandó que le indicaran la residencia oficial del caballero, que le dijeron hallarse en la calle de Montmartre cerca de la de Mail.

Allí se trasladó en el acto.

Haciendo callar un instante la cólera que tronaba en él y que le quemaba la sangre, presentóse en la embajada y solicitó hablar con el dueño del lugar. Con objeto de dar pretexto á su visita, aseguró tener que tratar con aquél un asunto muy importante relativo á sus funciones.

Introdujéronle inmediatamente ante un secretario que le invitó á explicarse, al tiempo que lo medía de arriba abajo con soberbia altanería, y no tanto por el grado inferior que indicaban los galones del joven sargento, como por ser él mismo aprendiz diplomático, es decir, enemigo de la fuerza armada.

— Quiero hablar al embajador en persona — dijo Felipe; — sólo puedo confiarme á él.

— En ese caso, se expone usted mucho á quedarse á solas con su asunto, porque Su Excelencia nunca está aquí — le contestó el secretario. — Tiene cuatro ó cinco pisos en París, los cuales ocupa alternativamente á su antojo, sin que nunca sepamos cuál es su domicilio actual.

— Sírvase indicarme esos lugares, los recorreré todos.

— No puedo satisfacerle, pues eso entra en el dominio de la vida privada y nada tiene que ver con la embajada.

El joven quiso insistir; pero tropezó con una negativa formal y tuvo que retirarse sin averiguar lo que deseaba.

Estaba profundamente disgustado. ¿Cómo se las arreglaría para encontrar al que buscaba? Porque, de no encontrarle allí donde debería estar, no veía más que el azar para ponerlo en su presencia, ya que no tenía ningún alambre conductor que pudiera guiarle hacia él.

Y el azar lo mismo podría servirle en seguida, como tardar mucho tiempo en hacerlo.

Ante tan incierta perspectiva, empezó á errar á través París, sin saber adónde le conducían sus pasos.

Examinaba maquinalmente á los transeuntes, escrutaba lo interior de las carrozas, de las literas, de toda clase de vehículos que á su vista se ofrecían, cual si esperase descubrir en ellos al caballero, sin fijarse en que no lo conocía y que podría éste pasar mil veces ante él, sin que el pobre sargento lo sospechase.

Llegó la tarde, luego la noche, y Buena Espada continuaba caminando á la aventura.

Por fin, rendido por la fatiga, sentóse en un banco de los Campos Elíseos, cuyos verdes bosquecillos se alzaban en la futura plaza de Luis XV, y que no eran entonces, como lo fueron luego, el paseo favorito de los parisienses.

De ese modo se quedó profundamente dormido.

La naturaleza imperiosa volvía á tomar sus derechos.

Aquel era el sexto día que llevaba el joven sin el menor reposo.

Cuando se despertó, estaba ya el sol muy elevado en el cielo.

Oyó dar las once, y vió mucha gente que se dirigía de prisa hacia el paseo de La Reina, en donde paraban las diligencias que hacían entonces el servicio entre París y Versalles.

Rápidamente, púsose en pie, Felipe.

Aquel sueño había reparado parte de sus fuerzas y refrescado su imaginación. Tenía ideas más claras.

Entonces se le ocurrió ir á casa de Passepoil, su antiguo maestro de esgrima. Tal vez éste, que trataba y veía á tanta gente, pudiera darle algún informe útil é indicarle el medio de acercarse al caballero.

¿Cómo no pensó antes en ello?

Acto seguido, tomó la carretera del Pequeño Châtelet.

Cuando llegaba á la altura del Arche-Marion, vió venir hacia él una pareja extraña. Esta pareja, medio humana y medio animal, se componía de un hombre y de un caballo, el primero llevaba al segundo de la brida.

Ambos se hallaban en lastimoso estado y atraían las miradas de los paletos, que se reían al verlos.

Y había motivo.

El jinete iba de pies á cabeza cubierto por una espesa capa de polvo, bajo la cual desaparecían los detalles de

su persona, tanto los de su cuerpo como los de su fisonomía.

No era más que una mole grisácea dotada de movimiento.

Lo único que se veía de sus desaparecidas facciones era la nariz que relucía al sol.

No eran menos dignos de atención sus andares, especie de saltos, luego pasos rápidos y después paradas súbitas.

El caballo, aguado, cojo, la columna vertebral pelada de la cruz á la cola, seguía á su amo con la cabeza baja, los ijares medio torcidos y lanzando de cuando en cuando un relincho quejumbroso.

Á medida que se acercaba Felipe hacia tan extraño grupo, miraba más atentamente al hombre.

Parecíale haber visto ya en alguna parte aquella nariz incandescente.

Cuando sólo se halló á poca distancia del caballero, éste último le miró fijamente, y luego, con voz que sonaba como una trompeta, exclamó :

— ¡Santo Dios!... ¡si es él... mi sargentito!... ¡Esto sí que es suerte!...

No hizo falta más para que el joven supiera con quien se encontraba.

— ¡Cocardasse !... — exclamó. — ¿Usted en París?...

— Sí... yo... he venido con el barón de Posen...

— ¿El barón de Posen? ¿Quién es ese?

— ¡Pues el que le ha entregado á usted la misiva en el campamento!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

— ¿El señor Helouin, querrá usted decir?

— Es el mismo... ya se lo explicaré... pero no ahora... hay motivos...

— Como usted guste;... pero, ¿me han seguido ustedes?... porque yo acabo de llegar ayer.

— Salimos una hora después que usted.

— ¡Hola! — exclamó Felipe, preguntándose qué habría podido provocar aquella salida precipitada de los dos hombres, salida de que ni uno ni otro le habían hablado.

— ¿No nos hemos entretenido en el camino, eh? — continuó Cocardasse. — Hemos venido de un tirón. El viento se quedaba atrás, al lado nuestro.

— En el polvo que le cubre, ya se ve que han debido de correr mucho... Pero, parece que sufre usted,... ¿le ha ocurrido algún accidente?

— Ninguno — contestó rápidamente el soldado que, al pronunciar esa palabra, dejó, no obstante, escapar un sordo gemido y se llevó involuntariamente la mano á la espalda.

— También el caballo parece resentirse de la velocidad de la carrera, pues está todo pelado.

— Es que este animal no estaba acostumbrado á á andar tan de prisa... así es que la intensidad del aire le ha hecho caer el pelo.

— Así debe de ser, sin duda — replicó Felipe que, á pesar de su tristeza, tuvo que hacer esfuerzos para contener la risa, porque comprendía lo que debía haber ocurrido entre el veterano y su cabalgadura. — ¿Y qué ha hecho usted del señor Helouin?

— ¡Ah! ¡chiquillo! Nos hemos separado poco antes de llegar á París, por no podernos poner de acuerdo acerca de una cuestión de conveniencias.

Yo decía que era preferible entrar á pie, llevando á nuestras bestias de la brida; él sostenía que, por el contrario, era mejor quedar montados. De modo que, teniendo cada uno ideas diferentes, nos hemos separado para proceder á nuestro antojo. Y él salió delante.

— ¿Dónde ha ido?

— No sé. Lo único que puedo decir es que le hubiera gustado mucho encontrar á usted.

— ¿Á mí! ¿Por qué?

— Lo ignoro también — repuso Cocardasse, que no quería enterar aún al joven de las emboscadas que Helouin temía por él.

Pero — añadió para variar la conversación, cuyo tema empezaba á turbarle, — ¿dónde va usted con ese paso, si no es indiscreción preguntárselo?

— Voy á casa de uno de sus amigos.

— ¿De un amigo mío?... ¿Y cuál?... ¡Tántos tengo!...

— Amable Passepoil.

— ¡Amable Passepoil! — repitió emocionado Cocardasse — ¡Ah! ¡Viva Dios! voy con usted... ¡Caramba! Eso me alegrará... ¡Volver á ver á mi pequeño ayudante, tras veinte años de ausencia!... ¿Me permite usted que le acompañe?

— ¡Ya lo creo! y hasta me alegro de proporcionarle esa satisfacción.

— ¿Está lejos? — preguntó el gascón, con cierta ansiedad.

— No; á un cuarto de hora de aquí, en el pequeño Châtelet.

— ¡Ah! sí, es verdad, ya me lo dijo usted en la taberna de los bebedores de faro.

Los dos hombres volvieron á ponerse en marcha, el soldado saltando más que nunca y con las piernas prudentemente apartadas una de otra.

No tardaron en llegar á casa de Passepoil.

No sabiendo Cocardasse lo que hacer con su cabalgadura, la dejó tranquilamente á la puerta, sin tomarse siquiera la molestia de atarla.

— Más dócil que todas las cosas — dijo al sargento — esta gallina de Indias me va á esperar aquí sin moverse una pulgada. ¡La he domado bien!

Y, luego, añadió, dirigiéndose al caballo:

— ¿No te moverás, eh, monín?...

El pobre animal contestó á esa recomendación con un quejido prolongado y lanzando al soldado desesperada mirada.

Cuando éste y Felipe entraron en la sala de armas, hallábase casi desierta.

Era la hora de la comida — iban á dar las doce — y sólo quedaban tres ó cuatro alumnos terminando la lección.

Passepoil se hallaba presente, vigilando á sus ayudantes y rectificando su enseñanza si hacía falta.

Al principio, sólo reconoció á Felipe, que llegó hasta él y lo abrazó.

— Tú... tú... ¡tú aquí, chiquitín!... — dijo el maestro con voz enternecida, estrechando contra sí al joven. — ¡Ah! ¡qué sorpresa!

Y luego, con volubilidad, añadió:

— Pero, ¿de dónde sales? ¿Por qué no estás con Bonifacio?... ¿Qué te trae á París, antes de que llegue el ejército?

¡Ea! respóndeme.

— Luego se lo diré, cuando estemos solos.

— ¡Ah! ¡no quieres contarme tus cosas delante de todo el mundo! ¡Bueno! Vamos á estar solos al instante, porque nos encerraremos en mi cuarto.

Luego, con cierto temor, añadió:

— ¿Le ha ocurrido algo á mi hijo?

— No, no; Bonifacio está admirablemente.

— Vaya, vamos pronto.

— Permita que antes le presente á un compañero con quien he venido y que está ahí, en la puerta.

En efecto, Cocardasse se había quedado en la entrada para dejar que Felipe abrazase á sus anchas á Passepoil

— ¿Un compañero? — repitió el maestro de armas mirando hacia donde le indicaba el sargento. — ¡Ya está presentado!

¡Eh! ¡amigo, acérquese!... ¿Quién le retiene?

Cocardasse dió algunos pasos hacia delante, con franca sonrisa.

Gozaba ya con la sorpresa que iba á dar á su «querido Amable».

Passepoil abrió mucho los ojos al ver al soldado;

pero más bien le llamó la atención su lamentable estado que su fisonomía.

No obstante, mirándole atentamente, creyó descubrir poco á poco, bajo la terrosa máscara con que se hallaban cubiertas, facciones que no le eran desconocidas.

Y empezaba á trabajar su memoria.

— ¡Oh! ¡oh! ¡Pardiez! — exclamó al fin. — ¡Mucho me equivoco si no tengo ante mis ojos á mi noble amigo Cocardasse *junior!*...

— ¡Por fin caíste! — dijo á su vez el soldado. — Sí, yo soy... ¡Ingrato! ¿nada te decía el corazón?... ¡Querido Amable!... ¡Cuán gran placer experimento al volver á verte!...

— ¡Querido compañero mío!... — exclamaba Passepoil... ¡Qué encuentro tan inesperado!...

Á los dos les picaban los ojos, y realizaban esfuerzos para dominar su emoción y rechazar las lágrimas prontas á desbordarse.

— ¡Ven que te abrace, caro amigo! — dijo Cocardasse.

— ¡Con mucho gusto!

Y los dos viejos maestros de armas cayeron uno en brazos de otro, abrazándose largo rato.

Era un cuadro emocionante que tenía por único testigo al sargento, cuya emoción no estuvo á la altura de las circunstancias, pues se hallaba sumamente preocupado con la desgracia ocurrida á Marina.

— ¡Este es el mejor día de mi vida! — dijo el gascón, desasiéndose de Passepoil.—Orestes ha encontrado de nuevo á su Pílades.

¡Venga otro abrazo!

Y estrecháronse de nuevo, tratando de ocultar su turbación, que creían indigna de ellos.

Pero aquella ternura era tal que, á pesar de sus tristes preocupaciones, no pudo menos de notarlo Felipe, al separarse aquéllos.

Cocardasse se frotaba enérgicamente los párpados, en tanto que Passepoil se sonaba con estrépito.

— Este condenado polvo penetra en los ojos — decía el soldado.

— ¡Demonio de catarro! — observaba Passepoil.

Al cabo de un momento, preguntó éste á Cocardasse:

— ¿Pero os conocíais ya tú y Felipe?

— ¡Toma!

— ¿Cómo es eso?

— Nos hemos conocido en el campamento de Ostende, merced á una liebre que hemos matado juntos y cuya propiedad los dos queríamos tener.

Luego, para no pelearnos como gentes de poco más ó menos, zanjamos la cuestión á espada... y el chiquitín, me atizó el mejor pinchado que en mi vida he recibido.

— En broma, por supuesto; pues de lo contrario no te hubieras levantado; conozco á Felipe... es más diestro que yo.

— Claro que en broma...; pero, no importa, la estocada era soberbia; ¡entre los dos ojos!

— ¿La de Nevers?

— ¡La misma!

— ¡Oh! la da como el difunto Lagardère.

Pero, ahora, hablemos seriamente.

Me parece que ninguno de los dos habéis almorzado, ¿no es eso? Por lo tanto, vais á venir á sentaros á mi mesa, y mientras nos entonemos, nos contaremos nuestras cosillas.

— Buena idea, Amable — aprobó Cocardasse; — y que no está fuera de lugar; tengo un hambre atroz.

— Me alegro; vas á probar la cocina de Maturina, mi esposa, y ya me dirás lo que te parece.

— ¿Maturina?

— No, su cocina... Vamos, Felipe, anda delante, pues supongo que recordarás el camino.

— Yo, querido maestro, le confieso que por ahora no tengo el menor apetito... y si usted me permite, dejaré que le acompañe Cocardasse solo. Ahora bien, antes de irme, quisiera que me diese ciertos informes...

— Peor para ti, muchacho. Haberme pedido antes esos informes. Ahora es demasiado tarde. Los tendrás después de la comida, si es que puedo dártelos... Además, también tengo yo que preguntarte muchas cosas... Y me resigno igualmente á esperar.

— Y tienes razón — dijo Cocardasse.

Felipe no quiso resistir más, y precedió á los dos amigos.

Esperaba aprovechar un instante en que pudiera hablar á solas á Passepoil.

Extrañábale que éste ignorase lo que ocurría á Marina, pues fácil le era ver que nada sabía.

¿Por qué, la marquesa de Verneuil, en cuya casa estaba la joven, no le había enterado de la fuga de ésta?

Tal vez lo supiese Maturina y no hubiera creído conveniente decírselo al marido.

Cuando entraron en el comedor, no estaba aún en él la señora de Passepoil.

— Está en la cocina — dijo Amable; — voy á anunciarla que la esperan, que hay amigos...

— No; ya iré yo — repuso Felipe; — así se sorprenderá más que si le anuncian mi llegada.

— Bueno, ve pronto.

El sargento desapareció.

Quiso desempeñar esa comisión para encontrar sola á Maturina y poder hablar íntimamente con ella, en caso de que conociese lo que á Marina había sucedido.

La esposa de Passepoil recibióle con los brazos abiertos, le prodigó mil caricias, interrogóle detenidamente acerca de Bonifacio y no le dijo una palabra de su hermana adoptiva.

Por consiguiente, lo ignoraba todo, como su marido.

Estuvo Felipe á punto de hablar; pero contúvose, pensando que valía más no decir nada hasta nueva orden.

Un cuarto de hora después, se presentaba en su compañía ante los dos maestros de armas.

Cocardasse había aprovechado ese intervalo para ponerse presentable.

— Mira, Maturina — dijo Passepoil, — aquí tienes al buen amigo Cocardasse, Cocardasse *junior*, de quien te he hablado muchas veces... ¿Verdad que parece lo que yo te he dicho?

— ¡Ya lo creo! — repuso Maturina, haciendo una

reverencia al soldado: y luego, con su más graciosa sonrisa, le dijo :

— Este señor, se ve en seguida lo que es. Lo he notado al primer golpe de vista.

Este cumplido agradó mucho á Cocardasse, que se inclinó contestando :

— Señora Maturina, me adula usted mucho... Si mi aspecto es así, débese á que la naturalcza me ha prodigado sus favores... no tengo yo la culpa.

Pero, permítame que le envíe la recíproca : nunca vi una persona de su sexo tan bien modelada como usted y de tan superior conjunto...

¡Santo Dios!... El chiquillo debe de estar como en un paraíso... — añadió atusándose el bigote é irguiéndose orgullosamente.

En la imaginación del soldado, el *chiquillo* no era otro que el hermano Amable Passepoil, un « chiquillo » de cabellos blancos. Pero Cocardasse era incapaz de cambiar de modales, y, tras las irreparables averías del tiempo, volvía á ver á su ex inseparable tal como era antes, en los buenos tiempos de su academia en la calle de Croix-des-Petits-Champs, academia en donde se formó Lagardère.

Á esta segunda alabanza, Maturina hizo una nueva reverencia, y repuso :

— ¡Es usted muy amable, señor Cocardasse!... mi conjunto es completamente ordinario... Ya lo sabe Amable...

— ¡Á la mesa! — gritó éste, para cortar aquel cambio intempestivo de cumplidos. — Tú, Felipe, á mi

lado; tú, Cocardasse, frente á mi esposa... y ¡manos al tenedor!

Cada cual se colocó según estas indicaciones.

Después de los platos fuertes, comenzó Passepoil á interrogar á su antiguo alumno respecto de cuanto les había ocurrido, á él y á Bonifacio, en los dos años que llevaba sin verlos.

El joven tuvo que satisfacer la curiosidad del anfitrión, y así llegó á contarle las diversas emboscadas tendidas por el miserable Matías Knauss y, en último término, el atentado de la hostería de los *Tres Aguiluchos* : sucesos que, de acuerdo con Bonifacio, se le habían ocultado para que no estuviese intranquilo.

Passepoil experimentó un asombro sin límites.

— Pero, en fin, ¿por qué atentan contra tu vida?... ¿Lo sabes? — preguntó.

— Desgraciadamente, no — contestó Felipe, — y me temo permanecer aún mucho tiempo en esa ignorancia, aunque Cocardasse me haya pronosticado lo contrario, y hasta me haya dicho que tal vez lo sepa pronto.

— ¿Eso te ha dicho Cocardasse?

— Sí, pero no comprendo cómo ha de realizarse su predicción.

— Es raro. Oye, Cocardasse, ¿qué es lo que me cuenta Felipe? No lo entiendo.

Pero el gascón no oyó la pregunta.

Desde el principio de la comida, operábase en él un fenómeno extraño que perturbaba todo su ser.

Por primera vez en su vida dejaban de serle indiferentes los encantos femeninos, y permanecía como

extasiado ante los de Maturina, los cuales, por otra parte, merecían que se les rindiera homenaje.

La señora de Passepoil era, en efecto, un magnífico ejemplar de esa soberbia raza normanda que produce el pueblo de Caux, cuyos habitantes pasan por ser descendientes directos de los hombres de Rollon, orgullosos guerreros del norte.

Alta y gruesa, con el busto fornido, carnes duras y coloradas, poseía además un rostro que hubiera estado casi bien á no ser por una nariz ancha y prominente que se destacaba con aire dominador y altanero.

Sin embargo, este defecto, si lo era, no hacía sino aumentar la admiración de Cocardasse, cuyo vaso, mal síntoma, estaba medio lleno.

— ¡Caramba! — pensaba, en vez de vaciarlo — ¡qué mujer!... es una maravilla de su sexo... una maravilla, indudablemente... ¡á fe de Cocardasse, creo que daría yo diez botellas de vino de Borgoña, por estar en el puesto de Passepoil!... ¡y hasta veinte!... si preciso fuera.

Por ese sacrificio, que estaba muy dispuesto á hacer, puede juzgarse lo subyugado que se hallaba el veterano.

Maturina, que frisaba en los cuarenta, no se cuidaba apenas de inspirar pasiones.

Positiva y metódica, muy amante del dinero, como buena normanda, hacía ya tiempo — desde el nacimiento de Bonifacio — que había abandonado las « necedades del amor » (ésta era su expresión), á las cuales, ni aun de joven, había sido muy aficionada.

Eso hacía perder tiempo y no reportaba nada.

Lo cual quiere decir que no siempre se hallaba su marido en el paraíso.

Sin embargo, como una mujer, aunque esté cortada por el patrón de Maturina, rara vez es insensible á los sentimientos admirativos que provoca, vengan de donde vinieren, experimentaba viva satisfacción al verse contemplar de aquel modo por su convidado.

Y hasta causábale, la persistencia de esa contemplación, emoción bastante para poner en acción el océano de sus atractivos que se agitaban bajo su corpiño con aspecto de olas levantadas por violenta brisa.

Passepoil tenía harto preocupada la imaginación con lo que le contaba Felipe, para prestar atención á aquellos detalles.

Al no recibir respuesta á la pregunta que dirigió á su compañero, reiteróla.

Esta vez, la oyó Cocardasse, ó, á lo menos, percibió el sonido de las palabras pronunciadas por Amable.

— ¿Qué dices? — preguntó, como si saliera de un sueño.

— Pero ¿en qué estás pensando? — acabó por hacer notar Passepoil, extrañado de semejante distracción. — ¿Se te habrá, acaso, subido mi vino á la cabeza? ¿No sabes beber ya?

— ¡Qué guasa! — replicó el soldado, quien, picado en su amor propio, olvidó un momento á Maturina. — Mira, fíjate si no sé beber.

Y llenando el vaso hasta los bordes, llevóselo á los labios, para vaciarlo de un trago.

Pero fué tan precipitado su ademán, que el líquido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

penetró por distinto conducto del que debía y Cocardasse padeció un ataque de tos que le obligaba á hacer contorsiones en su asiento durante uno á dos minutos, en medio de eructos y estornudos peligrosos para sus vecinos.

Por fin volvió á su estado normal.

— ¡Rayos y centellas! — exclamó furioso. — Ha sido una mosca... había una mosca... la desvergonzada lo ha hecho adrede. Dispénseme, señora Maturina... Nunca pude sufrir esos bichos.

— ¿Pero, me responderás de una vez? — dijo Passepoil.

Y preguntóle de nuevo cómo, según él, iba á saber pronto Felipe por qué habían intentado varias veces asesinarlo.

Entonces Cocardasse, haciéndose cargo de la situación, guiñó el ojo á Amable, como queriendo decir :

— ¡Chito! ¡ese es mi secreto!... ya te lo diré...

Y, en voz alta, exclamó :

— ¿Ya no eres tan fino y avisado como antes, querido? Son presentimientos, nada más.

Passepoil comprendió la seña y la exclamación destinadas á ponerle sobre aviso ; así es que, aunque muy sorprendido, tuvo la sagacidad de no insistir.

II

QUEMA LO QUE ADORASTE, Y ADORA LO QUE QUEMASTE

Habían llegado al fin de la comida.

Para terminarla dignamente, Cocardasse creyó oportuno brindar por Maturina ; y ya estaba alzando la copa con ese objeto, cuando ésta, sin sospechar la puñalada que le daba, se levantó de repente y dijo á Felipe :

— Lo mejor que podemos hacer es dejar hablar tranquilamente á Amable y á Cocardasse é irnos por nuestra parte á charlar juntos : tengo que hablarte de Bonifacio. Vaya, vámonos...

Y, al soldado :

— Hasta la vista, caballero... Tengo mucho gusto en haberle conocido... Hasta otro día...

— ¡No tenga cuidado, señora Maturina! Me verá usted cuantas veces se le antoje... y más aún... ¡Caramba!... Se lo aseguro... desde ahora, le dedicaré todo mi tiempo. ¡Petronila va á tener celos!